

Interculturalidad e información internacional. El gran desafío en el Siglo Mestizo

Concepción TRAVESEDO DE CASTILLA
Universidad de Málaga
travesedo@uma.es

Resumen:

Los estudios sobre comunicación internacional y comunicación intercultural comparten raíces intelectuales, trayectoria y bases epistemológicas. Están además relacionados con importantes dilemas sociales globales, y tienen implicaciones en el activismo y el cambio social. Uno de los principales retos en este siglo mestizo es garantizar el diálogo intercultural ante el advenimiento de un espacio informativo progresivamente abierto a todas las culturas y civilizaciones.

Palabras clave: Comunicación internacional; comunicación intercultural; globalización

Interculturality and International Information. The big challenge in the Mixed Century

Abstract:

Studies on international communication and intercultural communication share common intellectual roots, career and epistemological bases. Both are also related to major global social dilemmas, and have implications in activism and social change. One of the main challenges in this mixed century, faced with the advent of an information space progressively open to all cultures and civilizations, is to ensure intercultural dialogue.

Key Words: International communication; intercultural communication; globalization

Referencia normalizada:

Travesedo de Castilla, C. (2014): Interculturalidad e información internacional. El gran desafío en el siglo mestizo. *Historia y Comunicación Social*. Vol. 19. Núm. Especial Marzo. Págs. 539-550.

Sumario: 1. Introducción. 2. La comunicación internacional, presente en los estudios sobre comunicación intercultural desde sus orígenes. 2.1. Trayectoria histórica de dos disciplinas confluyentes 2.2. Claves epistemológicas para el estudio de la comunicación intercultural y su relación con la internacional. 3. Las redes globales de la comunicación en el siglo mestizo. 3.1. De la globalización de la economía a la de las comunicaciones. 3.2. Los perfiles fluctuantes de la comunicación desde MacBride hasta la “Sociedad de la Información”. 4. Conclusión: entre la fascinación y el escepticismo, la búsqueda de una información internacional para la convivencia.

1. Introducción

Este artículo aborda la delimitación epistemológica de un área específica que, sin ser novedosa, está asumiendo perfiles desconocidos en el ámbito de la relación existente entre comunicación internacional y comunicación intercultural. El propósito es identificar los principales rasgos del panorama mediático global relacionados con estas disciplinas, y apuntar los principales debates que debieran plantearse para que la nueva sociedad sobreinformada se desenvuelva dentro de los límites de una comunicación intercultural para la convivencia; cómo favorecer la muticulturalidad desde los medios con alcance internacional.

El vertiginoso ritmo de los cambios que estamos presenciando impide aventurarse a plantear propuestas integrales, lo que incide en la importancia, como paso previo, de analizar e intentar iniciar una descripción de los límites de este campo de estudio.

2. La comunicación internacional, presente en los estudios sobre comunicación intercultural desde sus orígenes

2.1 Trayectoria histórica de dos disciplinas confluyentes

La comunicación intercultural es un campo de estudio difícil de delimitar y que sólo se puede plantear desde una perspectiva interdisciplinar. Si en muchas áreas de las ciencias sociales hay problemas de orden epistemológico y metodológico, en este caso se acentúan por las propias características del objeto de estudio y las distintas esferas en las que se manifiesta su problemática, “hay todavía una necesidad de unificación de conceptos, modelos y bases teóricas que aseguraría y demostraría su unicidad en relación a otras áreas de los estudios de comunicación” (Rodrigo, 1996: 69-77). De hecho, este artículo se centra en un enfoque, el de la información y la comunicación internacional, que en este momento se percibe más propio de los estudios sobre estructura y economía política de los medios que de los estudios sobre interculturalidad, aunque no siempre ha sido así. Las primeras investigaciones sobre comunicación intercultural presentaron una clara dimensión internacional al tener su origen en la necesidad estratégica de Estados Unidos de cimentar su influencia exterior después de la Segunda Guerra Mundial para mantener su estatus de potencia hegemónica. Los procesos de descolonización crearon un inédito interés por relacionarse con culturas hasta el momento incógnitas. Súbitamente se antojaba imprescindible comunicarse y, primordialmente, negociar con esos nuevos actores internacionales. La creación de la Sociedad de Naciones (1920), la ONU (1945), y organizaciones internacionales tales a la Organización Mundial de la Salud, el Banco Mundial o la UNESCO, pusieron de manifiesto la necesidad de comunicación entre distintos pueblos y culturas.

Durante la Guerra Fría, la comunicación intercultural se convirtió en un instrumento estratégico de vital importancia para Estados Unidos. El antropólogo norteamericano Edward T. Hall, pionero en la comunicación intercultural, utilizó por primera vez la expresión “intercultural communication” en su libro “The Silent Language” (1959). En la década de los 60 esta disciplina recibió un doble empuje en Norteamérica: el endógeno, propiciado por las reivindicaciones de minorías como los afroamericanos, y otro inicialmente exógeno, favorecido por las guerras en el sudeste asiático que primero pusieron en contacto a la gran potencia con las culturas de estos países, y más tarde con los refugiados que llegaron desde Camboya, Laos o Vietnam. Ya en los 70, el desarrollo tecnológico, los transportes, la satelización y la producción audiovisual de alcance transnacional favorecieron la proximidad de la comunidad mundial. Asimismo, en EEUU aparecen con fuerza nuevas y diversas culturas, subculturas y grupos en conflicto respecto al modelo dominante (negros, hispanos, mujeres, homosexuales...).

En los 80 la investigación sobre comunicación intercultural vuelve a reflejar en Estados Unidos la creciente interdependencia de la comunidad internacional, se retoman los debates sobre el Nuevo Orden Mundial de la Comunicación y la Información así como el papel de la comunicación en el desarrollo de las naciones. La perspectiva emergente al inicio de la década de los 90 es la interétnica, así como los avances en comunicación intercultural en los niveles interpersonal, organizacional y de masas (Israel, 2004). En otro contexto totalmente diferente, los estudiosos latinoamericanos, desde su formulación de la teoría de la dependencia, rechazaron las visiones etnocéntricas que propugnaban resolver el problema del subdesarrollo aplicando mecánicamente los modelos del Norte en el Sur sin atender a diferencias culturales, sociales e históricas, y lideraron los debates internacionales que desafiaban el “free flow of information”, desarrollando teorías sobre la “colonización informativa”. Más reciente es la preocupación por las problemáticas de las comunidades indígenas, si bien actualmente es quizás el campo de estudio más prolífico en torno a la comunicación intercultural en el continente (Del Valle, 2004: 173-177). En Europa, los estudios interculturales reciben un impulso en Francia a mediados de los 80 a partir de una preocupación educativa, en un intento de resolver los problemas de adaptación de los inmigrantes a la lengua y cultura francesas. Las reflexiones interculturales más recientes se relacionan con la inmigración, si bien hay entre los trabajos clásicos muchos relacionados con la disparidad Norte-Sur y las relaciones interculturales entre naciones europeas.

La comunicación intercultural está actualmente más vinculada a la comunicación interpersonal, mientras que la comunicación internacional y la comunicación para el desarrollo son áreas de estudio incluidas en el perímetro de los medios de comunicación social. Si bien, como señalan Rogers y Hall, entendemos que comparten las mismas raíces intelectuales y son tres campos de estudio que manejan los conceptos de comunicación y cultura y de interacción entre personas culturalmente heterogéneas. Las tres áreas están, además, relacionadas con importantes dilemas sociales globales y, sin menospreciar su bagaje teórico y empírico, tienen implicaciones en el

activismo y el cambio social. También coinciden en abordar el estudio de los choques entre diferentes sistemas de valores y creencias (Gudykunst y Mody, 2002: ix-x). Por ello, apelamos a estimular su tradicional interdisciplinariedad y, de forma particular, una interacción que permita a la comunicación intercultural enriquecerse con las aportaciones de la comunicación internacional y la comunicación para el desarrollo, y viceversa.

2.2 Claves epistemológicas para el estudio de la comunicación intercultural y su relación con la internacional

Uno de los primeros problemas que plantea el ámbito de la comunicación intercultural es la propia definición del concepto. Para Ellul cinco condiciones son necesarias para que se dé una comunicación entre dos culturas que coexisten en un mismo conjunto social (Rodrigo, 2004a: 53-68): 1º Que haya una diferenciación clara de los grupos que entran en contacto, 2º que la información intercambiada sea comprensible a pesar de las diferencias, 3º que cada uno reconozca al otro con una disposición abierta al cuestionamiento, 4º se ha de aceptar al otro, tolerarlo en su diferencia, 5º en sintonía con la tradición de la comunicación para el desarrollo, la no monopolización de los medios de comunicación: “la fórmula aceptable es la autogestión”, que cada comunidad gestione sus propios medios para que la comunicación no sólo sea intergrupal, sino que permita un verdadero conocimiento entre los distintos grupos. En este sentido, los términos multiculturalidad e interculturalidad son a menudo utilizados de forma indistinta a pesar de representar enfoques no solo diferentes sino a menudo enfrentados. La elección del término “intercultural” en el título de este trabajo describe una posición de partida: contemplar en la tendencia actual de los flujos internacionales de la comunicación un desafío a las premoniciones sobre la uniformización cultural o colonización anglosajona. Lo que se está produciendo es más bien un escenario de influencias mutuas y filtraciones culturales. No es tanto una realidad multicultural en la que distintas identidades informativas existen, se conocen e interactúan, como un territorio de confluencias e influencias mutuas en el que nadie se sorprende porque Al Yazira tenga emisiones en inglés o Hollywood produzca filmes que homenajean a Bollywood.

Como señala Rodrigo Alsina, toda cultura es básicamente pluricultural, se ha ido formando y se sigue formando a partir de los contactos entre distintas comunidades que aportan sus propios modos de pensar, sentir y actuar. Es a partir de estos contactos cuando se produce el mestizaje, la hibridación cultural. Mientras que el concepto “pluricultural” sirve para caracterizar una situación, la interculturalidad describe una relación entre culturas. Así pues, la interculturalidad implica, por definición, una interacción (Rodrigo, 2004b). Lo intercultural se refiere a la dinámica que se da entre diferentes comunidades con sus respectivas culturas y a la posibilidad de crear espacios comunes sin renunciar a los propios. En países donde conviven una población autóctona, portadora de la cultura local, y otra foránea con sus particulares tradiciones, devienen tensiones que influyen en el clima social y el debate político. En Europa se han invocado soluciones basadas bien en el concepto integrador de

interculturalidad (Francia) o, como en Reino Unido, una multiculturalidad que en aras del respeto y la tolerancia podría haber generado fenómenos de balcanización de las distintas comunidades.

Amartya Sen describe dos formas de ‘multiculturalismo’, aquella en la que el reconocimiento de la diversidad supone interacción, cultivo del diálogo y crítica, así como el ejercicio de la libertad cultural, y una segunda donde coexisten culturas sin contacto significativo ni posibilidad de cuestionamiento interno. Es lo que Sen llama “monoculturalismo plural”, y lo identifica como encapsulamiento y “espiritualidad de gueto”. Sólo la primera forma de multiculturalismo promueve el aprendizaje recíproco de las culturas y permite el florecimiento de identidades plurales (Sen, 2007). Resulta fácil aplicar estas reflexiones a un panorama comunicativo global en el que el dominio occidental se ha visto desafiado por la irrupción de industrias informativas y culturales emergentes. Hoy conviven e interactúan la BBC con Al Yazira, Hollywood con Bollywood, y las grandes e históricas agencias de noticias con infinidad de pequeñas agencias estatales o privadas cada vez más influyentes. Y este escenario puede encaminarse hacia cualquiera de las dos vertientes descritas como “interculturalidad” o “monoculturalismo plural”.

Además de estos debates terminológicos, Everett Rogers y William Hart definen los límites de las áreas de estudio desarrolladas en torno a la comunicación intercultural (Gudykunst y Mody, 2002: 1-14): La comunicación intercultural, que aborda la comunicación interpersonal entre pueblos con diferentes sistemas socioculturales o miembros de diferentes subsistemas dentro de un mismo sistema sociocultural. La comunicación internacional, centrada en los sistemas de poder y los procesos de influencia transnacionales que configuran la estructura mundial de los medios de comunicación social (el orden internacional de la información y la comunicación, las multinacionales mediáticas, los flujos informativos y culturales internacionales, los efectos de la revolución tecnológica, los movimientos sociales...). Por último, la comunicación para el desarrollo que pretende lograr el cambio social y el desarrollo de los pueblos respetando y garantizando su idiosincrasia cultural y lingüística.

Por último, Miquel Rodrigo Alsina sugiere atender a la distinción entre comunicación intercultural interpersonal, o comunicación intercultural mediada (1996: 69-77). Pero lo cierto es que las nuevas formas de comunicación hacen a menudo complicado decidir si existe o no mediación en un proceso de comunicación interpersonal desarrollado, pongamos, en una red social como Twitter. Lo que explica que cada día avancemos más hacia un campo de estudio integrado. Este artículo se centra en la comunicación intercultural mediada entendiéndola como un fenómeno global basado en un sistema complejo de actores y redes que configuran los flujos internacionales de información y cultura.

3. Las redes globales de la comunicación en el siglo mestizo

3.1 De la globalización de la economía a la de las comunicaciones

La comunidad internacional es cada vez más interdependiente, pero quizás no siempre se entiende hasta qué punto esta interdependencia pivota en torno al nuevo orden mundial de la comunicación y la información, así como el papel crucial que desempeña la comunicación en el desarrollo de las naciones o sociedades en este nuevo esquema. El origen de esta incompreensión puede estar en las distintas acepciones que asume el propio concepto de globalización en función de quién y en qué ámbito se utilice. Ni siquiera existe acuerdo sobre el momento histórico en que nace la globalización. Chesnaux y Wallerstein la sitúan al comienzo de la expansión capitalista y/o de la modernidad occidental. Otros autores a mediados del siglo XX, en pleno apogeo de las innovaciones tecnológicas y comunicacionales que influyeron en el mercado a escala mundial. Quienes distinguen entre internacionalización y globalización piensan que los cambios tecnológico-mercantiles sólo adoptan formas globales cuando se establecen mercados mundiales de las comunicaciones y las finanzas, y se consolidan al desaparecer la Unión Soviética y agotarse la división bipolar del mundo. De este lado estarían Albrow, Anthony Giddens y Renato Ortiz (García, 1998: 10-25, y Ortiz, 1995: 5-11).

Estas discrepancias están ligadas a los diversos modos de entender la globalización. Quienes le atribuyen un origen más remoto privilegian el aspecto económico e histórico, mientras que los que defienden la aparición reciente de este proceso dan más importancia a las dimensiones políticas, culturales y comunicacionales. En el primer grupo hay quien reduce globalización a neoliberalismo, un “pensamiento único” que integra a los países desarrollados y del Sur que no quieren quedar fuera de la economía mundial. Para Alain Touraine el término no hace referencia a nada nuevo: “Lo que hay es una ruptura casi total entre el mundo económico y el resto de la sociedad, ruptura que ha sido definida como capitalismo. La globalización significa antes de nada una desvinculación extrema entre actores e instituciones” (Magallón, 2006: 251-256). Otra visión más amable entiende la globalización como un modelo caracterizado por la economía de mercado, el multipartidismo, la apertura de las economías nacionales al exterior, la libre circulación de capitales, la protección de inversiones extranjeras y de la propiedad intelectual, el equilibrio fiscal y la libertad de prensa. Los países que huyen de este modelo serán exiliados de la historia, los que intentan entrar confirman con su readaptación la validez universal del paradigma. Cuando se habla de la dimensión cultural y comunicacional del fenómeno es habitual encontrar nuevos constructos para definir realidades que van más allá de lo que se entiende por globalización. Así, Castells, con “sociedad red” describe una nueva estructura social que nace, a mediados de los 60 y principios de los 70, de la interacción entre la revolución de la tecnología de la información, la crisis económica tanto del capitalismo como del estatismo, y el florecimiento de movimientos sociales y culturales (antiautoritarismo, defensa de los derechos humanos, ecologismo, femi-

nismo...). Y con “economía informacional/global” y “cultura de la virtualidad real” define los nuevos marcos económico y cultural (Castells, 1998). Dominique Wolton defiende que la globalización remite a la economía y al sueño de un capitalismo libérrimo de 6.500 millones de consumidores, y prefiere el término “mundialización” para hacer referencia a las técnicas comunicaciones que, al rodear el planeta, generan la sensación de una aldea global (Wolton, 2004). Armand Mattelart coincide con esta interpretación al negar la idoneidad del término “globalización” para describir el actual proceso cultural y económico, hablando de la aparición de una “comunicación-mundo” planetaria que suscita nuevas disparidades entre países, regiones o grupos sociales (Fernández, 2001-2002: 153).

Cochrane y Pain proponen asimismo una interesante clasificación de los diferentes modos de ver y comprender la globalización desde tres perspectivas (Servaes, 2001: 6-13): La globalista habla de un proceso inevitable que no se puede frenar ni moldear. Se clasifica en optimista (argumentos neoliberales) y pesimista (argumentos neomarxistas), pero ambas comparten la creencia de que la globalización es un fenómeno económico. La tradicionalista argumenta que la mayor parte de la actividad económica y social sigue siendo regional, más que global, de ahí que todavía reconozca un rol significativo a los estados-nación. Por último, la transformacionista asume que la globalización representa un cambio significativo, pero cuestiona la inevitabilidad de sus impactos. Así, argumenta que sigue existiendo margen para que las agencias nacionales y locales intenten reconducir su curso. Otros autores se han manifestado sobre esta polarización que define a los estados-nación bien como actores pasivos o motores del proceso globalizador. Para Renato Ortiz: “En sentido estricto, lo que denominamos globalización redefine el papel del estado-nación, sin que necesariamente implique su desaparición” (Ortiz, 2006). Manuel Castells augura, por su parte, que los estados-nación sobrevivirán pero no tanto su soberanía (1998). Desde otro prisma, Alain Touraine considera que los estados-nación, lejos de ser víctimas de la globalización, son sus agentes (2006: 251-256).

Esta cuestión asume especial importancia al analizar la estructura mediática global, ya que la aparición de grandes corporaciones de la industria cultural y mediática ha estado siempre condicionada por políticas nacionales diseñadas para favorecer la expansión extramuros de una industria que aporta beneficios también en el ámbito del “poder simbólico” de las naciones, el “softpower”, y la propagación de ideas e ideologías. Si bien la rentabilidad económica será siempre el motor de estas grandes corporaciones, suponer que pudieran llegar a actuar al margen o en contra de los intereses de los estados-nación donde tienen su sede se antoja en exceso aventurado. Lo que se percibe es, más bien y al menos hasta el momento, una relación de dependencia mutua que en determinados casos se desarrolla, eso sí, sobre un difícil equilibrio no exento de cierta conflictividad.

3.2 Los perfiles fluctuantes de la comunicación internacional desde Macbride hasta la “Sociedad de la información”

La revolución tecnológica estimuló en el siglo XX una sociedad en ciernes cimentada en lo que Castells define como un informacionalismo donde “la generación de riqueza, el ejercicio del poder y la creación de códigos culturales han pasado a depender de la capacidad tecnológica de las sociedades y las personas, siendo la tecnología de la información el núcleo de esta capacidad” (1998: 114). En 1969, Jean d’Arcy, Director de los Servicios Radiales y Visuales en la Oficina de Información Pública de las Naciones Unidas, anticipó: “Llegará un momento en el que la Declaración Universal de los Derechos Humanos tendrá que incluir un derecho más amplio que el derecho a la información (...) Se trata del derecho humano a comunicar” (VVAA, 2005: 163). En estos últimos años de la década de los sesenta y principios de los setenta autores como Drucker y Bell comienzan a describir un nuevo escenario económico y social que anticipa lo que más tarde se conocería como Sociedad de la Información. Masuda, Naisbitt y Toffler, en los 80, coinciden en proyectar luz sobre esas “autopistas de la información” que ya en los 90 pondrían en solfa todo lo sabido y asumido sobre comunicación hasta el momento.

La reflexión de Jean d’Arcy fue catapultada al primer plano geopolítico con la declaración del Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación (NOMIC) y la Cumbre Mundial de la Sociedad de la Información (CMSI), hitos fundamentales de la comunicación internacional desde la Segunda Guerra Mundial. Ambos fueron claros exponentes de las tensiones que suscitan los intereses contrapuestos entre este derecho fundamental y los complejos y estrechos vínculos que relacionan la estructura mediática internacional con la geopolítica y los sistemas de poder e influencia, habiéndose abordado multitud de iniciativas orientadas a extraer el máximo beneficio de este nuevo marco de desarrollo en todas las naciones con aspiraciones geoestratégicas, siguiendo la estela marcada por Estados Unidos, Europa y Japón.

Así, el enfoque con el que la mayoría de las naciones industrializadas y organizaciones internacionales ha abordado los desafíos de la Sociedad de la Información ha generado innumerables críticas por su casi nula dimensión humanística. Su carácter mercantilista, tecnologicista, administrativo y tecnocrático ha sido censurado, desde el Informe Bangemann “Europa y la Sociedad Global de la Información. Recomendaciones al Consejo Europeo” de 1994, por multitud de teóricos, políticos y organizaciones de la sociedad civil que llevan años presionando para devolver estos debates a un ámbito más humanístico y social (Travesedo, 2006).

Desde nuestra perspectiva, en relación con el panorama actual de la comunicación global y la diversidad cultural, desde la propuesta inicial del informe MacBride se pueden apreciar pocos avances si hablamos de los grandes grupos de comunicación propietarios de medios “tradicionales” (aunque los hay, siendo quizás el más interesante el nacimiento de medios globales con sede en Qatar, Bombay o Brasilia al albur del desarrollo de las nuevas potencias emergentes). Pero si atendemos a las nuevas formas de comunicación social propiciadas por la revolución tecnológica y, particu-

larmente, internet, la transformación es radical en aquellas regiones que están participando de la revolución tecnológica, territorios que no están delimitados por fronteras nacionales sino socioeconómicas, y que mantienen a gran parte de la población mundial lejos del acceso real a la capacidad de comunicar y crear. Sin duda existe interacción entre la esfera mediática tradicional y la nueva, y las influencias mutuas son claras, pero el nacimiento de nuevas formas de comunicación no ha supuesto la desaparición o transformación radical de las antiguas. Las nuevas tecnologías pueden transformar el escenario y favorecer un panorama informativo y cultural diverso, pero por el momento, y mientras no se resuelva la Brecha Digital, estamos lejos de conseguirlo.

En definitiva, aunque se aprecia un proceso de reconfiguración de la estructura global de la comunicación que desafía a la unidireccionalidad, concentración, uniformización cultural y déficit democrático en el acceso a la comunicación, su alcance queda restringido a una sola esfera del mercado de las comunicaciones mundiales, el controlado por los centros productores de riqueza, entornos urbanos que concentran a una proporción muy minoritaria de la población global y que son, por ello, poco representativos de la diversidad cultural mundial. Con qué rapidez y fuerza transformadora (o aniquiladora) este fenómeno se filtrará al resto del sistema comunicativo es algo que aún tendremos que esperar para saber.

4. Conclusión: Entre la fascinación y el escepticismo, la búsqueda de una información internacional para la convivencia

Debates sobre el origen y la definición de globalización al margen, si hay algo que está determinando el avance de la sociedad global es la revolución científica y tecnológica en el ámbito de las comunicaciones. Las relaciones internacionales ya no están condicionadas por el tiempo y el espacio, y la información fluye por las llamadas “autopistas de la información” a una velocidad vertiginosa permitiendo la conexión inmediata entre puntos distintos y distantes (Martínez, 2007: 387-404). Los desequilibrios en el sistema mundial de la comunicación y sus poderosos efectos en el desarrollo de los pueblos y su supervivencia cultural no han dejado de ser objeto de estudio en ningún momento desde los años 60, si bien fenómenos como el nacimiento de poderosas industrias mediáticas vinculadas a países emergentes, o la universalización y democratización del acceso a la información favorecida por las nuevas tecnologías, están confiriendo al panorama informativo mundial perfiles hasta ahora desconocidos. La aceptación de que el aumento de las redes de comunicación podría estar transformando los antiguos paradigmas sobre los flujos Norte-Sur, ha llevado a muchos autores a idealizar este nuevo escenario sin atender a la complejidad real del fenómeno. Para estos tecnófilos, las tecnologías de la información y la comunicación pueden ser la panacea para resolver las desigualdades sociales y económicas. En el polo opuesto, tecnofóbicos del mundo académico y de la cooperación denuncian que

las nuevas tecnologías no ofrecen, en el contexto actual, respuesta a las necesidades de los sectores más desfavorecidos de la sociedad (Travesedo, 2013: 303-307).

Existen sin duda muchos riesgos en una fascinación desmedida por los avances técnicos. Marthoz, Sartori y Wolton inciden en que los problemas de comunicación del hombre precisan de soluciones humanas. Marthoz, sin menospreciar que hoy muchos más ciudadanos pueden acceder a información censurada por sus gobiernos gracias a internet, constata que las nuevas tecnologías no están eliminando los desequilibrios en la producción y el acceso de la información (Marthoz, 2002: 147). Sartori subraya que el crecimiento cuantitativo no implica por sí solo “progreso”, que información y cultura lleguen a más personas no quiere decir que la entiendan, utilicen o asimilen mejor (Mateos, 2002). Es el mismo enfoque de Wolton, que distingue información de comunicación, dado que hay intercambios de información que facilitan la comunicación, y otros que la impiden o dificultan (2004: primer capítulo). Así, esta facilidad para transmitir información que alcanza su grado máximo con internet, no supone necesariamente un incremento de comunicación verdadera, ni interpersonal ni intercultural.

También hay percepciones opuestas en relación con el impacto de la globalización en la cultura y la comunicación que Jean Servaes sistematiza en tres categorías: homogeneización, polarización e hibridación (2001: 6-13). Frente a las teorías globalista, neomarxista y funcionalista sobre la estandarización de las culturas y el colonialismo informativo, se encuentran quienes ponen el énfasis en la diversidad de las evoluciones culturales. Semprini o García Canclini rechazan que la mundialización de la información implique uniformización. “No se puede considerar a los países y culturas como receptores pasivos, presas de un proceso de mundialización único y llegado de ‘afuera’ (...) Para que una información realmente mundializada pueda existir, hace falta que la homogeneidad del discurso de emisión encuentre una homogeneidad paralela de los sistemas de recepción” (Marthoz, 2002: 146). Por otro lado, investigaciones recientes demuestran que la producción cultural doméstica goza de una ventaja competitiva sobre la importada (Servaes, 2001: 4). Servaes utiliza el ejemplo del popular personaje animado Pokemon, y otros productos de la industria cultural japonesa para demostrar que las grandes corporaciones necesitan “limpiar” sus productos de sus rasgos culturales más acentuados para ser aceptados en otros mercados.

En conclusión, los nuevos enfoques teóricos invitan a matizar, entre otras, aquellas teorías que alertaban sobre un supuesto proceso de uniformización cultural producto del abrumador control anglosajón de los medios de comunicación de alcance internacional. Hoy se subraya la importancia de los distintos procesos de recepción y asimilación de los mensajes por las distintas culturas, se conocen fenómenos de rechazo social cuando la realidad mediada difiere del propio universo simbólico, se asume que existen procesos más complejos, bidireccionales y de influencias mutuas. Asimismo, hace años que regiones emergentes con ambiciones geoestratégicas buscan tener voz propia en el escenario político internacional, y aciertan al centrar parte de su estrategia en dotarse de poderosos medios globales. La multipolaridad política global

está creciendo al mismo ritmo que la pluralidad de fuentes de información y cultura internacional. El mero interés comercial apunta a que la industria informativa y cultural con proyección internacional, ansiosa por ampliar su mercado, está haciendo un esfuerzo por “globalizar” sus mensajes, haciéndolos comprensibles y digeribles para un público amplio y heterogéneo. Al mismo tiempo, hay quien percibe el nacimiento de una especie de Torre de Babel en la que cada vez más actores ejercen su derecho a expresarse, pero no es seguro que ello esté favoreciendo un mejor entendimiento o comprensión del otro. En este panorama asume un interés indiscutible, y debería convertirse en objetivo prioritario de cualquier debate sobre la comunicación internacional, analizar si este nuevo escenario está favoreciendo el entendimiento entre las distintas culturas que hoy interactúan en el universo mediático.

5. Bibliografía

- CASTELLS, Manuel (1998). *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Alianza: Madrid.
- DEL VALLE ROJAS, Carlos (2004). “Genealogía crítica de la comunicación intercultural: mediocentrismo e invisibilización de lo étnico en los estudios interculturales”. En: *Sphera Pública*, nº 004.
- FERNÁNDEZ PARRATT, Sonia (2001-2002). “La glocalización de la comunicación”. En: *Ámbitos*, nº 7-8.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1998). “La globalización en pedazos: integración y rupturas en la comunicación”. En: *Diálogos de la Comunicación*, nº 51.
- GÓMEZ, Gustavo (2005). *Amenazas y oportunidades para la diversidad cultural: La CMSI entre la OMC y UNESCO*. Instituto del Tercer Mundo: Montevideo.
- GUDYKUNST, William B.; MODY, Bella (coords) (2002). *Handbook of International and Intercultural Communication*. Sage Publications: EEUU.
- ISRAEL GARZÓN, Estrella (2004). “Comunicación intercultural y construcción periodística de la diferencia”. En: *La iniciativa de Comunicación*, nº 48.
- MAGALLÓN, Raúl (2006). “Entrevista con Alain Touraine: sociedad y globalidad”. En: *Cuadernos de Información y Comunicación*, nº 11.
- MARTHOZ, Jean Paul (2002). “Comunicarse en un mundo globalizado”. En: *Papeles de Cuestiones Internacionales*, nº 78.
- MARTÍNEZ OTERO, Juan María (2007). “La globalización de la información: riesgos y oportunidades. Reflexiones sobre la mundialización de la información al hilo del último trabajo de Dominique Wolton”. En *VVAA. La ética y el derecho de la información en los tiempos del postperiodismo*. Fundación COSO: Valencia.
- MATEOS MARTÍN, Concha (2002). “El ‘homo videns’ de un intelectual combativo (Giovanni Sartori) o de cómo emplear el pensamiento para cambiar el mundo”. En: *Revista Latina de Comunicación Social*, nº 51.
- MIGUEL DE BUSTOS, Juan Carlos (2006). *Comunicación sostenible y desarrollo humano en la sociedad de la información. Consideraciones y propuestas*. AECI: Madrid.

- ORTIZ, Renato (2006). "Globalización, poder y miedo". En: Revista Número, nº 20.
- ORTIZ, Renato (1995). "Notas sobre la problemática de la globalización de las sociedades". En: Diálogos de la Comunicación, nº 41.
- RODRIGO ALSINA, Miquel (2004a). "Cuestionamientos, características y miradas de la interculturalidad". En: Sphera Pública, nº 4.
- RODRIGO ALSINA, Miquel (2004b). "La comunicación intercultural". En: Portal de la comunicación UAB.
- RODRIGO ALSINA, Miquel (1996). "Los estudios de comunicación intercultural". En: Zer. Revista de estudios de comunicación, nº 1.
- SEN, Amartya (2007). *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Katz editores: Buenos Aires.
- SERVAES, Jean (2001). "Los medios de comunicación: globalización a través de la localización". En: Revista Científica Digital, nº 3.
- TRAVERSEDO DE CASTILLA, Concepción (2006). "Desde MacBride hasta la CMSI. Diagnóstico plenos, compromisos vacíos". En: Revista Latina de Comunicación Social, nº 61.
- TRAVERSEDO DE CASTILLA, Concepción (2013). "Nuevas tecnologías para otras estrategias de comunicación para el cambio social. Más allá de las radios comunitarias". En: Estudios sobre el Mensaje Periodístico, nº 19.
- VVAA (2005). *Palabras en juego. Enfoques multiculturales sobre las sociedades de la información*. C&F Éditions: París.
- WOLTON, Dominique (2004). *La otra mundialización. Los desafíos de la cohabitación cultural global*. Gedisa: Barcelona.

La autora

Concepción Travesedo de Castilla. Directora del Centro Asociado de la Universidad Nacional de Educación a Distancia en Málaga. Profesora contratada doctora en el Departamento de Periodismo de la Universidad de Málaga. Sexenio de investigación 2004-2009. Doctora en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Estancias de investigación en Universidad Jawaharlal Nehru de Nueva Delhi y Universidad Católica de Lovaina.